

The High History of Good Sir Palamedes the Saracen Knight and

of his Following of the Questing Beast

La alta historia del buen Sir Palamedes, el caballero sarraceno, y de su persecución de la Bestia Ladradora

Aleister Crowley

ABADÍA ARGENTUM

Suplemento especial

La alta historia del buen Sir Palamedes, el caballero sarraceno, y de su persecución de la Bestia Ladradora

Por Aleister Crowley, debidamente expuesta en rima

A Allan Bennett, "Bhikkhu Ananda Metteyya", mi buen caballero y camarada en la Demanda, dedico este relato imperfecto de ella, en algún pequeño reconocimiento de su sugerencia de la forma.

Mandalay, Novembri 1905

Argumento

i. Sir Palamede, el caballero sarraceno, cabalgando por la costa de Siria, halla el cadáver de su padre, en torno al cual vuela en círculos un albatros. Aprueba la venganza de sus pares.

ii. En la costa de Arabia halla a su madre en brazos de un negro repugnante bajo pabellones azules. A ella le da muerte, y quema todo aquel campamento.

iii. Sir Palamede es sitiado en su castillo junto a la desembocadura del Severn, y le matan a su esposa y a su hijo.

iv. Al oír que su caída no ha de ser sino el preludio de un ataque contra Camelot, hace una desesperada salida nocturna y se propone atravesar las tierras salvajes de Gales.

v. Al cabo de sus recursos entre las montañas galesas, se ve obligado a dar muerte a la única criatura que le queda. Con este sacrificio salva al mundo de la caballería.

vi. Habiéndose hecho él santo ermitaño, cierto enano, espléndidamente vestido, llega a la corte de Arturo con nuevas de una Bestia Ladradora. Los caballeros no logran levantarlo, pues esta es la prueba de dignidad.

vii. Lancelot lo halla en Scawfell, vestido de su barba blanca. Regresa y, tocando al enano apenas con el dedo, lo arroja al cielo.

viii. Sir Palamede, saliendo a la demanda, ve a un druida adorar al sol sobre Stonehenge. Cabalga hacia el oriente, y halla el sol

poniéndose en el poniente. Furioso, toma una nave vikinga, y a espada y látigo se lanza mar adentro.

ix. Llegado a la India, aprende que Ello resplandece. Combatiendo en vano las olas, las hojas y las nieves, es arrastrado en el Himalaya como por un alud a un valle donde moran ciertos ascetas, que lo apedrean con sus globos oculares.

x. Buscándolo como Majestad, persigue un elefante en la selva india. El elefante escapa; pero él, conducido a Trichinopoli por un muchacho indio, ve a un elefante obligado a bailar torpemente ante el Mahalingam.

xi. Un sabio escita declara que Ello trasciende la Razón. Por tanto Sir Palamede, irrazonablemente, lo decapita.

xii. Una vieja bruja parlotea de Ello como Evangélico. A ella la hace pedazos.

xiii. En Nápoles piensa en la Bestia como autora del Mal, por ser Libre de Voluntad. La Bestia, saltando, es muerta por él con una flecha envenenada; pero en el momento de Su muerte Ello renace del propio vientre del caballero.

xiv. En Roma encuentra a un ladrón rojo con Sombrero, que habla noblemente de Ello como de un [ilegible en la fuente]. Lo persigue y lo mata; resulta no ser más que un juguete de niño.

xv. En un bosque toscano halla, por las cabriolas de un sátiro, que los Dioses aún moran con los hombres. Confundiendo el orgasmo con el éxtasis, queda en ridículo.

xvi. Cebando para Ello con trigo dorado en un valle de España a la luz de la luna, halla el cebo robado por alimañas.

xvii. En Creta un metafísico teje un laberinto. Sir Palamede lo obliga a perseguir la presa de esa misma manera. Corriendo como hipogrifos, se precipitan por el despeñadero; y el ermitaño, muerto, no parece sino un asno sarnoso. Sir Palamede, gravemente herido, es llevado por pescadores a una choza.

xviii. Sir Palamede advierte la rapidez de la Bestia. Por eso escala muchas montañas de los Alpes. Mas no puede atraparla; Ello le gana fácilmente la carrera, y al fin, tropezando, cae.

xix. Entre las dunas de Bretaña halla a una bruja que danza y conjura, hasta que desaparece en un estallido de luz. Aprende entonces música de una muchacha vil, hasta ser tan diestro como Orfeo. En París toca en un lugar público. La gente, que al principio le arroja monedas, pronto lo abandona para seguir a un necio mago egipcio. Ninguna Bestia acude a su llamado.

xx. Razona que no puede haber sino una Bestia. Siguiendo huellas únicas, halla por fin la presa, pero al perseguirla Ello lo elude multiplicándose. Esto en las anchas llanuras de Francia.

xxi. Reúne un ejército suficiente para cazar a toda la manada. En medio de Inglaterra se lanzan sobre ellas; pero la manada se junta, arrastrando tras de sí a los caballeros, que al fin se precipitan unos contra otros en una refriega en la que mueren todos salvo Sir Palamede, mientras la Bestia, como siempre, se mantiene aparte, riendo.

xxii. Argumenta Su existencia a partir del designio del Cosmos, notando que Sus huellas forman una figura geométrica. Pero ve que esto depende de su propio sentido de la geometría, y que por tanto no es prueba. Meditando en esta semejanza consigo mismo

(Su subjetividad, en suma), Lo ve en el Lago Azul. Arrojándose allí, todo se hace añicos.

xxiii. Buscándolo en santuarios, no halla sino una alcancía; mientras que los que lo ayudaban (según decían) en su búsqueda no hacían sino robarle.

xxiv. Argumentando Su oscuridad, Lo busca en las entrañas del Etna, cerrando todas las avenidas de los sentidos. Sus propios pensamientos lo persiguen hasta la locura.

xxv. Sobre el océano Pacífico, pensando que Ello es el no-Yo, se arroja al mar. Pero la Bestia lo deja en tierra.

xxvi. Llevado a remo por kanakas hasta Japón, alaba la estabilidad del Fuji-Yama. Pero, al sobrevenir un terremoto, los peregrinos son tragados.

xxvii. Sobre el Yang-tse-kiang contempla el cambio inmortal. Mas, percibiendo que los cambios mismos constituyen estabilidad, queda otra vez frustrado, y manda a sus hombres que lo lleven a Egipto.

xxviii. En un templo egipcio ha realizado el Sacrificio Sangriento, y maldecido a Osiris. Sufriendo él mismo esa maldición, está todavía lejos del Logro.

xxix. En la tierra de Egipto obra muchos milagros. Pero de la estatua de Memnón sale el ladrido, y es apartado de esa ilusión.

xxx. En las llanuras de Caldea desciende a las entrañas de la tierra, donde contempla, tomándola por la Bestia, la Imagen Visible del Alma de la Naturaleza. Mas la Tierra lo vomita.

xxxi. En una ciudad de tugurios conversa con un Racionalista. Sin aprender nada, ni oír siquiera a la Bestia, sale a purificarse.

xxxii. Procurando imitar a la Bestia, anda en cuatro patas, ladrando horriblemente. Los vecinos lo enjaulan por lunático. Tampoco puede imitar lo esquivo de la Bestia. Mas a una sola nota de aquel ladrido la prisión se hace añicos, y Sir Palamede sale libre.

xxxiii. Sir Palamede ha ido a las costas del Mar Medio para restaurar su salud. Allí practica la devoción a la Bestia, y se vuelve sensiblero y sentimental. Como sus criados se burlan de él, golpea duramente a uno, de cuyo vientre sale el ladrido.

xxxiv. Retirado a una ermita en Fenland, atraviesa el espacio a lomos de un águila. Conoce todas las cosas, salvo solamente Ello. Y al punto suplica al águila que lo deje otra vez en tierra.

xxxv. Diserta sobre metafísica (pues ahora está totalmente loco) ante muchos doctos monjes de Cantabrig. Ellos lo aplauden y lo retienen, aunque ha oído el ladrido y quisiera irse. Pero tan débil está que huye de noche.

xxxvi. Muchas veces le ha sucedido a Sir Palamede verse acosado por una sombra, a la cual no logra reconocer. Mas al fin, en un bosque soleado, se descubre que es cierto jorobado, que duda de si hay en absoluto Bestia alguna o demanda alguna, o si toda la vida de Sir Palamede no es una vana ilusión. A él, sin buscar vencerlo con palabras, lo mata al instante.

xxxvii. En una cueva junto al mar, alimentándose de lapas y raíces, mora Sir Palamede, enfermo de muerte. Le parece que la Bestia ladra dentro de sus propias entrañas: él es la Bestia.

Poniéndose en pie para gozar de la recompensa, halla otra respuesta al acertijo. Mas permanece en la demanda.

xxxviii. Sir Palamede es enfrentado por un caballero extraño, cuyas armas son las suyas, como también sus facciones. Este caballero se burla de Sir Palamede por impostor desvergonzado e imitador del caballero elegido. Sir Palamede, con toda humildad, admite que no hay prueba posible, y ofrece la prueba del combate, en la que el extraño muere. Sir Palamede lo despedaza hasta el polvo más menudo, sin piedad.

xxxix. En un valle verde obtiene la visión de Pan. Por ella recobra todo lo que había gastado de fuerza y de juventud; se alegra por ello, pues ahora consagra de nuevo su vida a la demanda; y sin embargo queda más abatido que nunca, porque esta visión suprema no es la Bestia.

xl. Sobre la cumbre más alta de una gran montaña percibe la Nada. Ni siquiera esto, sin embargo, es la Bestia.

xli. Volviendo a Camelot para anunciar su fracaso, entra en la sala del Rey, de donde había partido a la demanda. La Bestia viene a acurrucarse junto a él. Todos los caballeros cumplen la demanda. Se oye la voz de Cristo: "Bien hecho". Él dice que cada fracaso es un paso en el Sendero. El poeta ruega por el éxito en él para sí mismo y para sus lectores.

La alta historia del buen Sir Palamedes, el caballero sarraceno, y de su persecución de la Bestia Ladradora

I

Sir Palamede el Sarraceno
cabalgaba a la orilla de muchos mares:
había dado muerte a mil hombres malvados
y liberado a mil damas.

Armado hasta los dientes, el caballero centelleante
galopaba a lo largo de la playa resonante,
sus armas de plata un solo lago de luz,
su choque una sola sinfonía de guerra.

¡Qué quieto yacía el mar azul y enamorado
en el fulgor del mediodía de Siria!
El eterno rodar eternamente
batía su tonada monótona.

Sir Palamede el Sarraceno
divisó aquí una visión espantosa,
un espectáculo aborrecido de dioses y hombres,
entre los límites de la marea.

Al muerto le habían arrancado la lengua;
al muerto le habían rajado la garganta;
aleteaba sobre la presa pútrida
un albatros carroñero, chillando.

Así detuvo él su caballo, y se inclinó
para captar un recuerdo de los ojos
que miraban fijos a Dios, cuyo ardor enviaba
Su resplandor desde los cielos despiadados.

Luego, quieto como una estatua, permaneció;
ni tembló nervio, ni se movió músculo;
mientras en torno a ellos aleteaba insaciable
el ave cruel y abominable.

Pero el horror más frío expulsó la luz
de los ojos del caballero. ¡Qué pálida tu lozanía,
tu sangre, oh frente sobre la cual la noche
se asienta como una serpiente sobre una tumba!

Pues aquellos ojos de Palamede contemplaron
la imagen de hierro de la suya propia;
en aquella frente muerta leyó un destino
capaz de convertir a una Gorgona en piedra.

Conoció a su padre. Quieto permaneció,
ni tembló nervio, ni se movió músculo;
mientras en torno a ellos aleteaba insaciable
el ave cruel y abominable.

El caballero aprueba la justicia hecha,
y con ello salda la deuda de sus espuelas;
mientras aún la frente del hijo
queda perlada de un sudor helado.

El ángel de Dios, de pie a la siniestra,
despliega este rollo, una mancha de sable:
"Quien gana la espuela habrá de clavar la espuela
en su propio corazón y su cerebro".

Él hizo la señal de maldición
sobre los caballeros traidores y los hombres perjuros;

y siempre junto al mar siguió cabalgando
Sir Palamede el Sarraceno.

II

¡Mirad! La costa ardiente de Arabia
resuena con los cascos de muchos corceles.
Señor de una legión cabalga a la guerra
el indomable Palamede.

Huyen los paganos; sus tropas se deleitan
en la matanza de muchas miríadas de hombres,
siguiendo exultantes a la lucha
a Sir Palamede el Sarraceno.

Cuando se cumplen un año y un día,
Sir Palamedes advierte
pabellones azules al sol,
y banderolas que ondean en el aire.

Adelante espolea; su armadura reluce;
luego se encabrita el corcel sobre sus ancas;
¡por encima de la seda señorial ondea
el pendón de Sir Palamede!

Encendido, como un novio hacia su esposa,
cabalga a encontrarse con gallarda gracia
con algún vástago de su santa casa,
o pariente de su real linaje.

¡Mas oh, los ojos de la vergüenza! Bajo
la sombra de zafiro del alto pabellón
retoza una banda con vara y guirnalda,
muchacho lánguido y doncella risueña.

Y en el centro hay un espectáculo
de amor odioso y vergüenza desvergonzada:
un caballero abisinio renegado
retoza groseramente con una dama lasciva.

¡Qué negro y porcino es el bellaco!
¡Su gruñido infernal, su mueca bestial;
la risa trinada de ella, su gesto suave,
el sudor fresco que nada sobre su piel!

Ella mira y ríe al caballero,
luego se vuelve a besar la boca de grasa,
apurando las heces de aquel negro tizón
de vino para aliviar la sed de ambos.

¡Dios! ¡Qué mirada! Sir Palamede
es herido por la espada del destino:
es su madre, en verdad,
la que gozosa anda con andar de cabra.

Es su madre, la que pura y pálida
gritó en los dolores que le dieron nacimiento;
la santa imagen que él quisiera velar
de la más mínima mancha de la tierra.

Ella lo conoce, y negros temores empañan
esos ojos; ella ofrece a su mirada
los pechos de venas azules que lo amamantaron
en los dulces y solemnes días de la infancia.

¡Llorando desnuda el santo vientre!
Chilla la última súplica de la madre:

y lee una condena irrevocable
en esos ojos temibles de hielo y acero.

Él hace sonar su cuerno: sus guerreros se vuelcan
por millares sobre el enemigo sin defensa;
el ocaso tiñe su guerra horrenda
con franjas carmesíes de arrebol.

Él hace sonar su cuerno: las estrellas de la noche saltan
a la luz; se alzan las siete hermanas;
mientras llamas que responden iluminan lo profundo,
los pabellones azules arden hasta el cielo.

Silenciosos y severos, el camino del norte
cabalgan; solo, delante de sus hombres,
avanza tambaleando a través del negro hacia el rosa y el gris
Sir Palamede el Sarraceno.

III

Hay una roca junto a la boca del Severn
sobre la cual se alza un poderoso castillo,
frente al Sur azul e impasible
y mirando sobre tierras señoriales.

¡Oh, alta por encima del mar envidioso
esta fortaleza domina las mareas!
Allí, con el corazón enfermo, la caballería
del fuerte Sir Palamede reside.

Llega ahora una irrupción de la gente
que vive del asesinato: día tras día
el buen caballero asesta su golpe mortal;
los buitres desgarran la presa que aguardaban.

Pero día tras día las hordas paganas
se reúnen desde temibles tierras lejanas,
una miríada de miríadas de arcos y espadas,
como nubes que borran la estrella de la mañana.

Pronto, por una flecha venida del mar,
la Dama de Palamede es muerta;
su hijo, peleando suelto en una salida,
es atravesado por yelmo y cerebro.

Pero día tras día los enemigos aumentan,
aunque día tras día caen sus millares:
ríe el fortín inconmovible;
los buenos caballeros ya no ríen en absoluto.

Más torvo de lo que saben ceñirse las hordas paganas,
el espectro del hambre allí se enfurece;
pasa como un búho de medianoche,
ululando su heráldica: desesperación.

Los caballeros y escuderos de Palamede
caminan pálidos y flacos por patio y sala;
aunque agudos y veloces los arqueros disparan
sus flechas de una yarda desde el muro.

Su número mengua; su fuerza decae;
su destino está escrito, claro para leer.
Estos son los temibles días caducos
del Sir Palamede de alma de hierro.

Él oye la risa horrenda que resuena
de campamento en campamento por la noche; oye
las bocas crueles de reyes asesinos
reír una amenaza que él teme.

No bien mueran los héroes,
antes de que su carne empiece a pudrirse,
el pagano volverá su ojo delirante
hacia Caerlon y Camelot.

El rey Arturo en innoble pereza
está hundido, y en devaneos con su dama,
olvidado de su juramento caballeresco,
y descuidado de su nombre real.

Burlado y cornudo, el rey
es aún el rey, el rey altísimo;

y sobre su vida giran los goznes
que cierran la puerta de la caballería.

¡Por la sangre de Dios! ¿Habrá de hundirse, y no alzarse más,
aquel resplandor del Tiempo, cuando los hombres eran hombres?
¡Esa es tu pregunta, guerrero,
Sir Palamede el Sarraceno!

IV

Ahora, con dos veintenas de hombres con vida
y una hermosa criatura, Sir Palamede
resuelve una última lucha heroica,
intenta, sin esperanza, una hazaña desesperada.

En lo muerto de la noche, una noche sin luna,
una noche de tormenta invernal, zarpan
en dragones danzantes hacia la lucha
con el hombre y el mar, con el ghul y el vendaval.

¡A quien Dios perdone, cabalgue, cabalgue! (así brota
la orden de hierro). Que vuele
en el corcel del honor con las alas del honor
para avisar al rey, ¡no sea que el honor muera!

Entonces a la furia de la ráfaga
su furia añade un aguijón temible:
el dado fatal está echado sin duda.
¡Salvar al rey, salvar al rey!

¡Salve, horror de la marejada de medianoche!
¡Las tormentas de la muerte, la ráfaga que azota,
el brillo dudoso de espadas que incitan
risa ardiente con lujuria de altos saltos!

Aunque uno a uno caen los héroes,
su camino desesperado ganan lentamente,
y el grito caballeresco y la llamada del camarada
se alzan por encima del estruendo salvaje.

Ahora, ahora desembarcan, una tripulación menguante;
ahora, ahora ejércitos frescos los cercan.
Abren su avenida comprada con sangre,
y se agrupan en el terreno alto.

¡Ah, pero se alza el frente temible del alba!
Las altas torres arden, para iluminar la lucha;
mientras muchas miríadas de lanzas paganas
marchan hacia el norte con la primera luz.

¿Cae tu último camarada a tus pies,
oh Sir Palamede de alma señorial?
Arrancando al salvaje de su silla,
salta sobre un corcel negro como el carbón.

Galopa furioso a través de la apretura:
el pagano aterrado teme su ojo.
Allí brilla la locura, allí sin dueño
la espada giratoria chilla aguda y alta.

Ellos retroceden, él galopa. Estrechamente se aferra
la criatura colgada a su cintura; y él
no atiende a nada, sino que galopa a lo ancho, y canta
salvajes cantos de guerra, ensalmos de hechicería.

Sir Palamede el Sarraceno
cabalga como un centauro loco de guerra;
acuchilla a muchos millones de hombres,
¡y pisotea a muchos millones más!

Ante él yace la tierra no transitada
donde nunca se conoce alma humana,

un desierto proscrito por un mago,
un yermo sin alma, de piedra.

Ni hierba ni trigo deleitan los valles;
ni bestia ni ave salvan el espacio. Inmensos,
lluvia negra, niebla gris, blanca ira de vendavales,
llenan la temible armería del sentido.

Ni brilla el sol; ni luna ni estrella
despliegan en absoluto su sutil luz;
ni día ni noche se disputan el risco:
todo es un solo gris intolerable.

¡Negros llyns, grises rocas, blancas colinas de nieve!
Ni flor, ni color: la vida no existe.
No es este camino para que vayan los hombres
desde la boca del Severn hasta Camelot.

La desesperación, el mundo sobre su prisa,
empujan (como a un león fuera de su guarida
a quien el hambre caza) al hombre en apuro,
a Sir Palamede el Sarraceno.

V

Sir Palamede el Sarraceno
ha arrojado a un lado su espada y sus armas.
Para salvar el mundo de los hombres de bien,
aprieta los dientes para cabalgar, ¡cabalgar!

Tres días: el caballo negro cae y muere.
Los arreos les procuran un fuego,
la bestia una comida. Con ojos temibles
miran fijo a la muerte la criatura y el padre.

Seis días: el caballero enjuto y gallardo
ve visiones odiosas en pleno día.
¿Dónde están la antigua velocidad y el poderío
que solían animar aquel barro?

Nueve días; avanzan tropezando; ya no
le alcanza la fuerza para cargar a la criatura.
Aún pende la niebla, y aún delante
bosteza lo salvaje inconmensurable.

Doce días: el fin. A lo lejos divisa
las montañas que descienden hacia la llanura;
un pequeño salpicón de sol yace
más allá de la lluvia eterna.

Su fuerza se ha acabado; no puede moverse.
La criatura se queja, ¡qué débilmente ahora!
Sus ojos están vacíos; la mira a ella;
el sudor frío se le junta en la frente.

¡Salvar el mundo, a tres días de distancia!
Su vida está envuelta en la vida de la caballería,
y la vida de la caballería en la suya, ¡hoy!,
¡su amada apostada contra el mundo!

¿Morirá allí, con su tarea sin hacer?
¿O se atreverá a vivir, a tal precio?
Clama contra el sol impasible:
el mundo está oscuro, casi perdido.

Entonces, con la amargura de la muerte
cortándole el alma, sus dedos aprietan
el lastimoso paso del aliento de ella.
Los rocíos del horror se alzan y empapan

a Sir Palamede el Sarraceno.
Luego, alzándose de la comida espantosa,
se lanza hacia la tierra de los hombres
con nervios renovados y miembros de acero.

¿Quién es el hombre desnudo que monta
aquel semental indómito en la llanura,
con el rostro como el del Infierno? ¿Qué furia guía
a la bestia enloquecida sin rienda?

¿Quién es el hombre desnudo que espolea
un corcel hacia Camelot,
con el rostro como el de Cristo? ¿Qué gloria agita
el aire a su alrededor, lo sabéis?

Sir Arturo lo arma, dispone en orden
siete veces diez mil hombres,

y les manda seguir y obedecer
a Sir Palamede el Sarraceno.

VI

Sir Palamede el Sarraceno,
que ha librado la tierra del asesinato,
se oculta a los ojos de los hombres.

Sir Arturo se sienta de nuevo al festín.
La santa orden arde de celo:
su fama revive de occidente a oriente.

Ahora, siguiendo la rueda giratoria de la Fortuna,
llega un enano a la sala de Arturo,
todo envuelto en acero damasquinado.

Un cetro y un orbe de oro
lleva, y sobre la cabeza una corona;
mas sobre los hombros le cuelga un manto

de terciopelo que cae en pliegues de sable
sobre su jubón de carmesí.
Ahora el rey de alto renombre

le pregunta por su dignidad.
A lo cual el enano comienza a contar
una demanda de la más alta caballería.

Dijo él: "Por el santo hechizo de Dios,
nunca se conoció aventura tan alta,
ni milagro tan divino.

Corre sola cierta bestia
en cuyo vientre suena sin cesar

un grito descomunal, un gemido monstruoso,

como si treinta parejas de sabuesos
latieran dentro de ella. Ahora dice Dios
(lo juro por Sus santas llagas

y por Su lamentable muerte,
¡y por el rostro de Su santa Madre!)
que conocerá el Hálito Hermoso

y gustará el Buen Don de la Gracia
quien lleve a cabo esta demanda maravillosa".
Entonces Arturo saltó de su sitio,

y saltaron osadamente todos los demás,
y juraron buscar esta buena cosa.
Mas ahora el enano se golpea el pecho,

y habla de esta manera al rey:
que había de hallarse digno caballero
quien con sus manos alzara al enano

por fuerza un palmo del suelo.
De lo cual se burlan, el enano tan pequeño,
los caballeros tan fuertes: los muros resuenan

con risas que retumban por la sala.
Mas Arturo intenta primero la hazaña,
y no logra mover al enano en absoluto.

Entonces Lancelot juró por la santa cruz de Dios,
y tiró tan fuerte que se le reventó el músculo,
y nariz y boca se le rompieron sangrando;

ni movió así al enano. Del primero
al último probaron los envidiosos caballeros,
y toda su malicia salió perdiendo,

hasta que el fuerte Sir Bors desplegó su proeza,
y todo su poderío no sirvió de nada.
Ahora bien, una vez Sir Bors había sido entregado

a traición al Pagano; a él, así atrapado,
lo ataron a cuatro fuertes novillos sementales
para descuartizar, según pensaban,

al paladín de los pares de Arturo.
Pero él, encorvándose, quiebra el espinazo
de tres, y sobre el cuarto alza

su mole, y se va cabalgando. ¡Imaginad
el asombro cuando el gigante no logra
mover al enano fatuo, que sonríe

maligno! Pero Bors increpa a Arturo:
que nunca vale un caballero sino uno.
"Por la muerte de Dios (dijo él), ¿qué nos pasa

a nosotros, fuegos fatuos, que olvidamos el sol?
Hay un hombre entre los hombres mortales
digno de ganar esta bendición,

Sir Palamede el Sarraceno".
Entonces corrió en ronda el murmullo de aplauso:
a Sir Lancelot le dieron allí mismo el encargo

de cabalgar a aquella tierra encantada
donde, entre nieves sin tiempo, podía hallarse

la guarida de Palamedes.

VII

¡Mirad a Sir Lancelot del Lago
que remonta los pedregales de roca: mirad
cómo ha de faltar el aliento y doler el músculo

antes de que alcance el redil helado
que Palamede el Sarraceno
puede habitar en su ermita!

Al fin llega a una guarida
encaramada en lo alto del risco salvaje,
lejos de toda morada de hombres,

lejos de toda morada de vida.
Allí halla a Sir Palamede
sentado tan firme como una estrella.

Apenas reconoció en verdad al caballero,
pues estaba envuelto en una barba
blanca como los arroyos de nieve que alimentan

el lago reverenciado por Dioses y hombres
que se asienta sobre el Cáucaso.
Así murmuraba él un oscuro conjuro,

y se golpeaba el pecho asesino.
Las uñas le habían crecido como garras de águila;
los ojos eran salvajes y apagados; pero así

habló Sir Lancelot: "¡Expía tus hechos
con el deber caballeresco!". Él respondió

que "Mientras la tierra estaba invadida

de gigante, demonio y ogro, ardía
mi espada; mas ahora las barreras paganas
están rotas, y los hombres vueltos a la virtud:

¡por eso me siento sobre los riscos
en medio de mi barba, así como el sol
se sienta en compañía de las estrellas!".

Entonces Lancelot le pidió que hiciera esta hazaña,
el logro de la Bestia Ladradora.
Y cuando él lo dijo, aquel santo

se levantó, y se fue hacia el oriente
con Lancelot; y cuando llegaron
al palacio y al festín,

puso su dedo más pequeño
sobre el enano, que se elevó al aire superior,
traspasando el lejano azul eterno

más allá del alcance del canto o la plegaria.
Entonces Sir Palamede enmendó
su desnudez, su cabello erizado,

sus uñas, y dio fin a su penitencia,
vistiéndose de acero y oro,
armándose para gastar su vida

en vigilia fría y andanza osada,
desdeñando el canto y el blando devaneo,
buscando contemplar un solo propósito,

y sosteniéndolo siempre en alto,
sin temer a Dios ni hacer caso a los hombres.
Así se quitó su hábito de ermitaño

Sir Palamede el Sarraceno.

VIII

¿Sabéis dónde se alzan los dólmenes druidas
en Wessex, sobre la llanura viuda?
Hacia allá Sir Palamedes aplica
la espuela, y sacude la rienda que tintinea.

Pregunta a todos los hombres por la Bestia.
Nadie responde. ¿Es vana la demanda?
Con corona de roble llega un sacerdote

con túnica de samito, con vara de avellano,
y adora al Oriente dorado.
¡Sí! ¡Allá a caballo! Más allá del alba

ha de correr la presa de su demanda.
Cabalgó como si estuviera loco o demente,
hasta que de noche le fue preciso descansar.

Vio el dorado muy atrás,
¡allá en las colinas, hacia el Poniente!
Con furia sin rumbo, ardiente y ciega,

se arrojó a una nave vikinga.
Mató al pirata, y doblegó
a los marineros a su látigo punzante.

Maldito de Dios, despreciando a los hombres,
hundes tus remos temerarios en el océano,
¡Sir Palamede el Sarraceno!

IX

Sir Palamede el Sarraceno
navegó siempre con viento favorable
hasta los hombres lisos y morenos

que frecuentan la costa maligna de Hind:
preguntó ansioso por la demanda.
"¡Sí! ¡Sí!", sonrieron burlones sus astutos sabios:

"¡Brilla! ¡Brilla! ¡Adivina tú lo demás!
Pues nada sino esto saben nuestros Rishis".
Sir Palamede encaminó sus pasos

hacia los bosques: arden y resplandecen;
su lanza apuñala muchas briznas brillantes;
su espada abate muchas flores

que, centelleantes, alegraban el claro.
Se tuvo a sí mismo por asno insensato,
y hacia el mar dirigió sus pasos,

donde muchas olitas sobre el cristal
conocen su proeza. Pero hondo y más hondo
sus pies inútiles pasan con furia,

hasta que una ola se riza para saltar
y lo arroja sin aliento sobre la orilla,
medio ahogado. ¡Oh necio! Su Dios está dormido,

su armadura, en la guerra de la ilusión,
ella misma ilusión, todo su poderío

y su coraje, vanos. Mas los ardores corren

por cada arteria. El caballero
escala las laderas heladas del Himalaya,
coronadas de luz ilimitada,

y allí en guerra constante permanece,
golpeando las lentejuelas de la nieve;
golpeando hasta que las mareas primaverales

de la tierra saltan alto; el flujo constante
de la luz del sol parte los muros de hielo:
se deslizan, arrojan al caballero abajo.

Sir Palamede el poderoso cae
en una hondonada donde moraba
una cuadrilla barbuda de monjes

dormidos en visiones diversas, deletreadas
en símbolos místicos para los hombres.
Pero cuando olfatearon a un extranjero,

lo expulsan de su santa guarida,
y con sus globos oculares centelleantes apedrean
a Sir Palamede el Sarraceno.

X

Ahora halla él, mientras completamente solo
recorre el Oriente ardiente,
el rastro poderoso de alguna bestia desconocida,
pero sin duda majestuosa.

Así sigue él los caminos del bosque,
recordando su juramento caballeresco,
y a través de los días cálidos y goteantes
se abre surco por la maleza enmarañada.

Sir Palamede el Sarraceno
llegó al fin a un estanque del bosque,
lejos de todo mercado de hombres,
donde retozaba en su fuerza

el elefante solitario y señorial.
Sir Palamede se golpeó la frente.
"¡Oh amoroso! ¡Oh militante!
¡Oh señor de este asiento arbóreo!".

Así adoró, y acechando se deslizó
en la Presencia: emergió.
El olor despierta el alma inquieta
de aquel Majestuoso: surgió

el monstruo del lecho cenagoso,
y huyó a saltos por los claros que crujían.
Pero ahora una cabeza salvaje de mirada fija
lo acecha entre las sombras del bosque.

Era un indio desnudo,
que condujo por la puerta de la ciudad
al hombre burlado y decepcionado,
quebrado ya por su destino.

Aquí estaban las torres de bronce, y aquí
las rocas esculpidas, el santuario de mármol
donde a una alta piedra negra erigen
los altares debidos a lo divino.

Al Dios lo juzgan absorto en el goce sensual
y en sedoso devaneo:
para agradar sus horas de ocio, un muchacho
obliga a un elefante a bailar.

Así la majestad se vuelve
ridícula. Hacia otros climas y hombres
parte aquel necio fuerte y persistente,
Sir Palamede el Sarraceno.

XI

Sir Palamede el Sarraceno
se ha dirigido a un santo varón,
pues solo él entre los hombres mortales

puede ayudarlo, si un mortal puede.
(Así se lo dice toda la gente escita.)
Por lo cual arma una caravana,

y lo encuentra. Cuando sus plegarias invocan
el santo conocimiento, dice el sabio:
"Esta Bestia es aquel de quien hablaron

los profetas de la Edad de Oro:
‘¡Atiende! Todo lo que es mente, él no lo es’".
Sir Palamede, con amarga rabia,

saltó: "¿Es este el necio, Dios lo sabe,
por ver a alguien semejante al cual vine
desde Camelot la almenada?".

El sabio, con ojos de llama ardiente,
clamó: "¿No es un milagro?
¡Sí!, pues con la necedad viaja la vergüenza,

y además al final está el Infierno.
¡Cree! ¿Y por qué creer? Porque
es una cosa imposible".

A Sir Palamede se le detiene el pulso.
"No es posible (dijo él)

que Palamede se enoje, y desenvaine

su espada, decapitándote.
Por paridad de argumento
esta hazaña de sangre ha de ocurrir sin duda".

Con eso salpicó de súbito
toda Escitia con la sangre del sabio,
y riendo en su pena se fue

hacia otro campo y otra corriente,
siempre guiado por aquella cabeza del Mago,
que como una luna ventosa corría

ante él, guiñando ojos rojos
y chasqueando mandíbulas blancas: pero entonces
¿qué le importaban los vivos ni los muertos

a Sir Palamede el Sarraceno?

XII

Sir Palamede el Sarraceno
sigue a la Cabeza a salones sombríos
de odio estéril, con muros de hielo.
Una mujer que cacarea como una gallina
responde a sus señoriales toques de clarín.

Ella le recita un torpe consejo
de fantasmas y vírgenes, palomas y vientres,
de caminos y profecías y tumbas:
¡viejas fábulas paganas venidas a menos!
Sir Palamede echa humo de furia.

Así también la Cabeza, que farfulla deprisa
contra el cuento enredado de aquella mujer
(¡la paciencia de Dios al fin ha de agotarse!).
Sale la espada de un tajo: la hoja ha pasado
a través de todo su escuálido miriñaque.

"Esta cháchara presta al Pensamiento un aliciente
(dijo él), pero yo estoy del todo por el Acto.
¡Quédate aquí sentada, hasta que tu Charla haya cascado
el huevo huero en el nido de la Naturaleza!".
Con eso huyó de la lúgubre comarca.

Estaba tan enfermo y desasosegado
y tan encendido contra sus semejantes,
que pensó poner fin entonces a su propósito.

¡No! ¡Que busque nuevas tierras y mares
Sir Palamede el Sarraceno!

XIII

Sir Palamede ha llegado al punto
a una bahía azul y deliciosa.
Se alza allí una montaña
en la que algún demonio de edades idas
yace sepultado por Dios, y sin embargo de su pecho
escupe la llama y cenizas grises.
Aquí Sir Palamede su demanda
prosigue sin estorbo ni descanso.

Viendo aquella montaña maligna,
recordando todos sus años malignos,
sabe que la Bestia Ladradora corre libre:
¡Autor del Mal es él, entonces!
A lo cual al instante resuena
el ruido que tanto tiempo ha buscado: aparecen
latiendo allí treinta parejas de sabuesos
dentro de su vientre mientras salta.

Alzando los ojos, ve por fin
la bestia que busca: es como un ciervo.
Siempre corre lejos y veloz.
Sir Palamede queda muy espantado,
pero, cobrando ánimo, lanza
un poderoso dardo empapado en veneno:
vuela siempre seguro y firme,
y la hiere en el anca.

Entonces, cuando Sir Palamede alcanza
a la presa herida, ella flaquea floja,
se tambalea, y al fin cae a tierra.
¡Triunfo! ¡Abríos de par en par, muros de oro!
¡Alzad vuestras puertas eternas,
oh portales de Camelot! ¡Mirad, se abalanza
sobre la presa! La sangre de la vida mana:
el veneno obra: el aliento reclama

su deuda de toda la vida al corazón y al cerebro.
¡Ay, pobre ciervo, tu día ha terminado!
Los gallardos pulmones jadean fuerte en vano:
tu vida se derrama sobre la llanura.
Sir Palamede queda entumecido
como quien, mirando al sol,
ve juntarse la negrura. Atónito y mudo,
el buen caballero ve salir un tenue aliento

de su propia boca, y lanzarse
sobre la llanura: lo ve
sin duda, por algún arte de negro mago,
tomar cada vez más forma de ciervo:
mientras resuena allí tal ladrido
como si Dios hubiera soltado el Pozo mismo,
¡o como si treinta parejas de sabuesos
estuvieran en su vientre mientras salta!

Bien enfermo del corazón, a fe mía, estaba entonces
el leal caballero, el corto de juicio,
el blanco de hombres lascivos y mezquinos,
Sir Palamede el Sarraceno.

XIV

Hacia el norte galopa veloz el buen caballero,
resuelto a buscar a su enemigo en su casa,
cuando se alzó aquella Visión del pasado,
las almenas reales de Roma,
una ciudad en ruinas, y una cúpula.
Allí, en el Foro derruido, estaba sentado
un ladrón de túnica roja con Sombrero.
"¿Adónde vas, Señor Caballero, tan arrebatado?"
"Sacerdote, ni por la paloma del Ararat
podría, ni querría, detenerme".

"Conozco tu demanda. Sigue buscando en vano
un ciervo de oro con cuernos de plata.
La vida brota de diversos dolores.
¿Qué corona adorna al Rey de Reyes?
¿Una corona de gemas? ¡Una corona de espinas!
La Bestia Ladradora es como un rey
en el rostro, y tiene ala de pichón
y garra; su cuerpo es un solo vellón
de blanco ensangrentado, de cordero en primavera.
Basta. Señor Caballero, te doy la paz".

El caballero espolea, y pronto divisa
un monstruo que corre por la llanura.
Oye el horrendo ladrido alzarse
y tronar en su cerebro fatigado.
¡Esta vez, matarlo o ser muerto!

¡Tarea demasiado fácil! El corcel gana
zancada tras zancada con poco esfuerzo
sobre la cosa pesada y aleteante.
Apuñala al cordero, y parte los sesos
de aquel rey de aspecto majestuoso.

Le recorta el ala y le lima la garra.
¿Qué vuelve risa toda su alegría,
y burla asombrada su reverencia?
La bestia es un mero juguete mecánico,
¡propio para entretener a un niño ocioso!

XV

Sir Palamede el Sarraceno
ha llegado a una tierra umbrosa
donde moran ninfas y hombres paganos.
Los Dioses están cerca, dicen ellos, a la mano.
¡Qué cálido latido de Venus agita
los pulsos de sus adoradores!

Ni se hallará al Dios toscano
renuente a dejar la piedra del altar:
su perfume deleitará el suelo,
su presencia será conocida por su pueblo
en bosque sombrío y santuario titilante:
¡oh, prodigad el beso y escanciad el vino!

Sir Palamede ha llegado de lleno
a un lugar de enramadas resplandecientes,
donde toda la Voz del Tiempo enmudece:
ante un altar coronado de flores
ve a un sátiro que tiernamente se embelesa
y languidece sobre una cabra suave como un cisne.

Entonces él, en mitad de la caricia, desea
el oído del fuerte Sir Palamede.
"No encendemos (dijo él) fuegos fútiles,
ni tocamos una caña ociosa,
ni penitencia vana, ni plegarias fatuas:
los Dioses son nuestros, y nosotros somos suyos".

Sir Palamedes toma la flauta
que el sátiro cuida, y sopla un trino
tan suave y cálido, tan rojo y maduro,
que el eco responde desde la colina
en tono ansioso y voluptuoso,
mientras crece sobre la llanura resonante

un galope, y un ladrido convertido
en un solo aullido profundo y melodioso.
Sir Palamede ardió de placer,
y se inclinó ante el ídolo gris
que sobre el altar se mofaba y miraba lascivo
con labios rojos y flojos tras su barba.

Sir Palamedes y la Bestia
quedan tejidos en una red de oro
hasta que el dorado del Oriente
arde sobre el páramo de sonrisa lasciva:
¡y aún creía Sir Palamede
que su santa demanda estaba cumplida!

Pero ahora el alba, desde portales resplandecientes,
inunda toda la tierra: con labio que gruñe
la Bestia se aparta y suelta carcajadas.
Eso hiere al buen caballero como un látigo,
cuando de súbito el asco mismo del Infierno
devora el goce que tuvo de la lujuria.

La alegría brutal que su necedad tomó
por santo gozo le quiebra el cerebro.
Sale disparada la Bestia: la tierra se sacude

cuando un ladrido ruge otra vez,
¡como si treinta parejas de sabuesos
estuvieran en su vientre mientras salta!

Los campesinos se juntan para escarnecer
al caballero: la creación se suma a la burla.
Avergonzado y despreciado por todas partes,
allá galopa, odioso a la tierra,
el hazmerreír de bestias y hombres,
Sir Palamede el Sarraceno.

XVI

Donde haces de luz de luna salpican el valle,
junto a un arroyo está sentado y en tensión
Sir Palamede, pálido de pasión,

y demacrado por su cerebro quebrado.
Mas con ansia vigila todavía
un montículo musgoso donde delicados granos

de trigo dorado derraman su belleza
para tentar a la presa al alcance
de la destreza de arquero de Palamede.

Toda la noche está sentado, con ardor extraño
y esperanza recién emplumada. El jugador nato
siempre piensa que la suerte ha de cambiar algún día,

aunque se ríe con desdén del juicio y la destreza.
Y ahora se abalanzan mil ratas
en silencio de sable sobre el trigo.

Lucen sus sombreros cuadrados o de teja,
una hermandad chillona de dientes pelados,
innumerables como los mosquitos de verano

que zumban sobre algún arroyuelo en un bosque.
Sir Palamede se enoja sobremanera,
y masculla rudas maldiciones,

viendo a su presa lejana y reacia
y a los ladrones despojando todo el cebo.

Ahora, sin cuidarse del juramento caballeresco,

el sol se derrama por su puerta oriental.
La caza ha terminado: ved entonces,
corriendo a lo lejos, espumando contra el destino,

a Sir Palamede el Sarraceno.

XVII

Sir Palamede ha contado la historia
de este infortunio a un sabio,
cómo de nada le sirven todas sus aventuras,

y todas sus esperanzas se disuelven en rabia.
"Ahora, por tu santa barba (dijo él),
y por tu venerable edad,

te encargo que me descifres este acertijo".
Entonces dijo aquel gentil eremita:
"¡Esta tarea me es fácil!

¡Conoce, pues, rectamente a la Bestia Ladradora!
Una es la Bestia, la Ladradora:
¡y uno con uno son dos, Señor Caballero!

Mas estos son uno en dos, y nadie
separa su sustancia (¡atiéndeme bien!),
ni confunde sus personas. Rectamente corren

sus atributos: inconmensurable,
incomprensibundable,
inefable, inaudible,

intangible, ingustable,
insensible al olfato humano,
invariable, implacable,

invencible, insciable,
irracionapsiquicable,

inequilegijurable,

inmamemimomumable.
Tal es su naturaleza: sin partes,
lugares ni personas, plumas ni piel,

sin tener pulmones ni bofes ni corazones,
sino dos en uno y uno en dos.
¡Maldito sea el que los separe

ahora, o parezca hacerlo!
Sobre él amontonaré las maldiciones;
a él lo ahorcaré, o lo aserraré de parte a parte,

o lo quemaré con fuego, al que dude
de esta doctrina, que hotototon deletrea
la santa palabra otototon".

El pobre Sir Palamedes reprime
la bilis que le sube; duda de sus oídos.
"¿Cómo puedo atrapar a la Bestia?", grita.

El sabio sonriente reprende sus temores:
"¡Es lo más fácil de todo, Señor Caballero!
Por la simple fe aparece la Bestia.

Por la simple fe, no por fuerza pagana,
atrápala, ¡y así cumple la demanda!".
Entonces dijo aquel melancólico sujeto:

"¡Creeré!". El ermitaño bendijo
a su converso: en el horizonte
aparece la Bestia. "¡A ti lo demás!",

grita, para azuzar al buen caballero.
¡Pero no! Sir Palamedes agarra
al ermitaño por la desolada

barba; luego se lanza a la carrera,
loco como un maníaco, hacia el Poniente,
donde el sol se desliza abajo en esplendor,

y donde la presa de la demanda
va a medio galope. ¡Corren como hipogrifos!
Como hombres perseguidos, o cerdos endemoniados,

por los vertiginosos acantilados de Creta
se estrellan. ¡Y he aquí que sucede
que ve, en jeroglíficos nada oscuros,

en un saber fácil de juntar,
que este ermitaño (mientras respiraba)
una vez muerto es como un asno sarnoso.

Magullado, quebrado, pero no destinado a la muerte,
llama a unos pescadores que pasan
para que lo lleven. Al punto dice:

"Llevadme a alguna guarida remotísima
para curarme de mis males inmensos;
pues ya no tiene ni fuerza ni sentido
Sir Palamede el Sarraceno".

XVIII

Sir Palamedes por un tiempo
delibera en su lecho rústico.
"Me falta el paso temible de la presa

(dijo él); mis miembros están flojos como plomo".
Así, a medida que recobra fuerzas, busca
los castillos donde los pendones rojos

del alba iluminan sus picos temibles.
Allí los dragones estiran sus horrendos anillos
por las grietas y quebradas sinuosas:

de bocas espantosas hierve su veneno.
Mas Palamede escapa a su furia,
frustra su malicia con su valor,

y trepando en lo alto por bahías y cabos
de roca y hielo, encuentra a menudo
a los espíritus repugnantes, las formas brumosas

de brutos monstruosos que acechan en lo alto.
¡Oh, bien trabaja! Su juventud vuelve,
su corazón revive: se despoja de la desesperación

y la ansiosa esperanza arde en brillo
dentro del círculo de su frente
mientras vuela veloz y desdeña la nieve.

¡Ah, qué juventud y qué fuerza consagra
al logro de la demanda!

Y ahora la altura horrenda cede

a su maestría: día tras día de cresta
en cresta se apresura: más veloces vuelan
sus pies: su cuerpo no conoce descanso,

hasta que con velocidad mágica bogan
como remos por las olas nevadas, y superan
en la marcha de un día la galaxia

de la estrellada masa montañosa de Europa.
"Ahora (dijo él), ¡que halle la demanda!".
La Bestia saltó. ¡Ay, Señor Caballero!

Día tras día corren, sin descanso,
hasta que se cumplieron siete días.
Entonces la Maravilla Ladradora corona

la cresta: el caballero queda muy rezagado.
Ahora, añadiendo risa a su estruendo,
como algún cometa lascivo en torno al sol,

alrededor del paladín jadeante
corre con toda su espléndida velocidad.
Mas, sabiendo que no puede ganar,

él se esfuerza y porfía en verdad,
tanto que al fin una roca hace tropezar
al héroe, que revienta sangrando,

y sanguíneo, de sus labios barbados
irrumpe el torrente de su ser.
La Bestia se ha ido: el héroe resbala

hasta el valle: abandona
la idea insensata (cada hueso
de todo su cuerpo le arde y le duele)

de alcanzar con la velocidad lo amado Desconocido,
de lograr con la fuerza el gran Más Allá.
Mas de ese cerebro puede brotar ya crecida

otra necedad igual de insensata.

XIX

El caballero ha hallado a una muchacha desnuda
entre las dunas de arena bretona.
Gira en un torbellino místico,

y tiene una gaita en la mano,
de la que arranca gemidos lúgubres
mientras ejecuta su enloquecedora zarabanda,

y con tonos discordantes
desea cierta gracia del diablo.
Junta madera de naufragios, y huesos

de marineros, despojos del lugar,
y construye con ellos un fuego, en el cual
danza, saltando al espacio

como un odre de piel de asno inflado.
Delira, y se tambalea, y aúlla, y gira,
tanto que las lágrimas del esfuerzo empiezan

a rociarle los pechos con perlas ardientes.
Ni mitiga ella su danza,
la gaita chilla cada vez más fuerte,

hasta que las formas de la muerte avanzan
y se juntan a su alrededor, chillando fuerte
y gimiendo sobre la ancha extensión

de arena, la turba que farfulla y maúlla.
Como gatos y monos se apiñan,

hasta que, como el horror de una nube

que envuelve de rosa al sol llameante,
la ocultan de la vista del héroe.
Entonces él cavila sobre ello, sombrío,

cuando en una sola cascada salvaje de luz
el cortejo estalla, y ruge el trueno:
abajo aletea el ala repugnante de la noche;

ve las solitarias costas bretonas
bañadas en el relámpago: luego sus ojos
ven cómo ella, chillando, se eleva y se eleva

hacia los cielos sin estrellas y tormentosos.
¡Bien, bien! Esta lección aprenderá:
cómo el artificio suavizante de la música

puede hacer arder el pecho de la naturaleza
y llamar a los dioses de la estrella y del santuario.
Así ahora sus resonantes pasos se vuelven

a buscar un instrumento divino
con el que pueda proseguir su demanda.
¡Cómo brillan verdes sus ojos gozosos

cuando, donde los ratones y los piojos infestan
una choza inmunda, yace una moza
con un bebé al pecho,

borracha y depravada, un solo hedor macizo,
pero que lleva un laúd de plata!
La aborda, sin vacilar ni arredrarse,

y largo tiempo mora, bruto junto a bruta,
entre los moradores desagradables,
hasta que sus melodías desarraigan

los robles, atraen a los leones de sus guaridas,
hacen volver los ríos, y aquietan la saña
de serpientes y de sarracenos.

Así equipado, deja a la ramera,
y en una ciudad hermosa y ancha
llama con música salvaje y aguda

a la Maravilla Ladradora a su lado.
Entonces la gente juguetona de la ciudad
se demora en torno a su puesto solitario:

haciendo fiesta, se burlan
del asno melancólico: arrojan
sus cobres tintineantes en su bolsa.

Así día y noche van y vienen,
pero nunca llega la Bestia Ladradora,
ni sabe aquel pueblo risueño

cómo la levadura sin leudar de la agonía
agita a Palamede. Pronto se cansan,
y siguen a un sacerdote egipcio

que se jacta de ser señor del fuego,
para hacer bajar el rayo, e invocar
a los dioses sobre una pira de sándalo,

y hacer subir demonios en el humo.
Sir Palamede está completamente solo,

envuelto en su miseria como en un manto,

desesperando ya de hechizar a lo Desconocido.
Así toma otra vez armas y caballo.
Sir Palamede ha derribado

a los bufones. Ahora los campesinos,
mirando estúpidamente, ven al mediodía
a Sir Palamede el Sarraceno

cabalgando como una luna de cosecha
con armas de plata, con lanza centelleante,
con yelmo emplumado y calzado alado,
a través de la admirada tierra de Francia.

XX

Sir Palamede ha razonado
más allá de la sombra de una duda
que esta su Bestia Ladradora es una;
pues si fueran Bestias, habría de suponer
una Bestia anterior que las engendrara.
Así, todas las huellas de manadas que corren

hacia el bosque las descarta,
y solo vuelve sus sombrías miradas
a las pisadas solitarias, a las marcas únicas.
Sir Palamede alcanza ahora
una llanura ancha y herbosa,
donde divisa la cosa que busca.

Al punto pone espuela al caballo
y corre una carrera al azar,
la Bestia siempre ladrando delante.
¡Pero alabado sea el buen Sir Palamede!
Se ha conseguido un corcel de hadas
apto por igual para la montería y la guerra,

de modo que, acercándose en poco
a la presa, alza su lanza
para atravesarla de parte a parte en su malicia.
Con eso la Bestia, sin esperar escapatoria,
disuelve toda su forma señorial,
y se parte de súbito en dos.

Sir Palamede corre con furia
hacia la bestia más cercana, que esquiva
el choque, y se parte, y se parte otra vez,
hasta que el guerrero desconcertado ve
una miríada de miríadas de enjambres de ellas
ladrando por toda la llanura.

El buen caballero refrena a su corcel.
"¡Ahora, por la fe de paladín!
Al fin comprendo la sutil demanda".
Parte cabalgando hacia Camelot para empeñar
la fe de muchos nobles caballeros
Sir Palamede el Sarraceno.

XXI

AHORA avanza Sir Palamede,
señor de muchas espadas y lanzas.
Bajo el sol estival de la alegre Inglaterra
sus escudos y armas destellan relucientes

y ríen sobre el prado musgoso.
Ahora suena el cuerno de Palamede,
pues allá a lo lejos, en el horizonte,
divisa a la Bestia Ladradora paciendo.

Con leal astucia y honesto ardid
despliegan sus filas a lo largo de millas.
Porque cuando la Bestia ha oído el cuerno
practica su antigua artimaña,

y miríadas de bestias invaden
la quietud de aquel claro armado.
Ahora cada caballero ha puesto en ristre
su lanza, y ha dado el espaldarazo,

y ha cargado contra una bestia: pero ellas
se escurren de la punta fatal
y corren de un lado a otro, confundiendo
a toda aquella gallarda concurrencia el día entero,

llevándolos siempre hacia un valle
con grito descomunal y monstruoso gemido.
Entonces de pronto sus voces se apagan,
y en el cercado resonante del parque

solo el clamor de la cacería
se oye: ¡oh!, hacia el centro corren
los confiados caballeros: pero él,
la Bestia Ladradora, su antiguo rostro

de unidad recobra: la carga
de los guerreros choca, hombre y caballo.
En mutua locura, veloces a la vista,
se destrozan con fuerza desenfrenada

unos contra otros: caen al suelo
raudos en estupenda derrota.
¡Fuera espada, fuera lanza! Coraza y yelmo
se astillan bajo el golpe caballeresco.

Asaltan, cargan, tajan y hienden,
se lanzan y giran a través de la refriega.
El peso, la matanza, abruman
a uno, a dos, a todos. Ni el silencio conoció

su imperio hasta que Sir Palamede
(el último), sobre su corcel aéreo,
derribó a su hermano; entonces al punto
cayó el silencio sobre el prado sangriento,

hasta que el ladrido se alzó de nuevo.
Porque allí, en aquella llanura ensangrentada,
está riéndose del necio
la única Bestia que no habían matado.

Allí, con sus amigos y seguidores muertos,
su hermano herido de parte a parte en la cabeza,

él mismo gravemente herido en el muslo,
llora sobre la acción espantosa,

solo entre sus hombres asesinados,
el campeón de los necios, como eran entonces los necios,
completamente quebrantado, a punto de morir,
Sir Palamede el Sarraceno.

XXII

SIR PALAMEDE recobra el juicio,
curando su herida junto a un lago
dentro de un valle admirable
cuyas paredes sacian su sed en el cielo,
y a la luz mística de la luna
agitan sus incontables lanzas de plata.
Así razona: "En todas y cada una
de las jornadas de esta búsqueda el rastro de la presa
es maravillosamente geométrico.
En espiral y en volutas se tuerce, sale y vuelve
el ciervo con línea bella y simétrica.
Y ¡he aquí! el grano de ingenio que me falta:
esta Bestia es Maestra del Diseño.
Así, estudiando cada huella retorcida
en esta mente mirífica mía,
mi corazón podrá dar con un indicio."
Así, como el buscador de oro
persigue ansioso la pepita o el destello,
el caballero logra al fin contemplar
la concepción entera. Azul sin aliento,
el bello espejo del lago, frío como el cristal,
en el que mira, ansioso de ver
allí el vasto Diseño, de perseguir
a la Bestia hasta su última avenida.
Entonces (¡oh tú, ansarón escaso de gracia!)
el sueño se rompe, y Sir Palamede

¡despierta ante el espejo de su cara de necio!
"¡Ah, voto a Dios!" (dijo él), "en pensamiento y obra
este bruto se burla de mí por siempre.
La lanza se ha vuelto caña quebrada,
el cerebro no es más que un árbol estéril:
¡pues todo el hermoso Diseño
no es sino mi propia geometría!"
Con eso su ira estalló como el vino.
Arrojó su cuerpo al agua, y destrozó
todo aquel engaño asnal.
A todas las falsas ninfas del agua que lo halagaban
las mató con su maldición resonante:
¡oh necio de Dios!, ¡como si importara!
Así, no mejor, sino más bien peor,
de la dicha azul del estanque
¡salió chorreando aquel necio inveterado!

XXIII

Ahora todavía sostiene su argumento:
"Tan gran Bestia ha de alojarse bien;
por tanto, me conviene ahora frecuentar
catedral, palacio, ciudadela."

Así, cabalgando veloz entre las flores,
a lo lejos divisa una aguja gótica
que como un gladiador eleva
su esplendor, agudo como lanza, hacia los cielos.

La gente se agolpa alrededor, aclama:
"Señor Caballero, buen caballero, tu búsqueda está ganada.
Aquí mora la Bestia en llama de oriente,
dulce como la primavera, y más veloz que el sol."

Sir Palamede el Sarraceno
espolea hacia el santuario, ardiendo por alcanzar
el fin; y todos los hombres apremiantes
entran con él en tropel, elocuentes.

Sir Palamede baja la visera;
pone en ristre su leal lanza;
hinca a fondo las rodajas de la espuela: ¡se detiene!
¡Puaj!, ¡no es más que un cofre de dinero de boca negra!

Se vuelve: la gente amistosa se ha ido,
se ha ido con sus mulas de carga y su séquito
más allá del horizonte infinito
de todo cuanto espera volver a ver.

Su cerebro embaucado, su bolsa robada:
¡cómo se carcajeó entonces la Bestia,
lejos de aquel lastimoso desamparado,
Sir Palamede el Sarraceno!

XXIV

"UNA cosa al menos" (dijo Palamede)
"mi alma puede ver fuera de toda disputa:
esta Bestia Ladradora que se burla de mi necesidad
mora en profunda oscuridad."

Así cava un agujero tenebroso
dentro de las entrañas del denso Etna,
cerrando el puerto de su alma
a todos los barcos piratas de los sentidos.

Y ahora el ladrido de la Bestia
rueda en su propio ser, y alto
salta su corazón entero en festín ardiente
ante el éxtasis esperado.

Pero resonando desde el rugido central
reverbera más de un gemido lastimero,
y formas más místicas que antes
desconciertan su monotonía informe.

¡Ah!, se burla de él una miríada de visiones,
guerreando dentro de él sin amo,
volviendo la devoción en escarnio,
la beatitud en bestialidad.

Pululan, crecen, se multiplican;
el cerebro del fuerte caballero se ofusca del todo,
acosado por aquella juglaría enloquecedora,
aquellos demonios como perros que lo cazan.

Se rompe la última barra; la voluntad de acero se quiebra;
las hordas negras se amotinan en su cerebro;
mil truenos amenazantes
lo hieren: ¡loco, loco, loco!

Sus músculos rugen con rabia insensata;
el pálido caballero se tambalea, enfermo de muerte;
sale vacilante a la luz aquel sabio lamentable,
Sir Palamede el Lunático.

XXV

UN mar salvaje sin una vela,
abismos grises y verdes que relucen,
rara nieve que flota, velo de vestal
sobre la frente de la primavera.

Aquí, en un galeón que cabecea,
Sir Palamede, zángano apático,
va a la deriva, desesperado, adelante, y adelante,
y adelante, con corazón y ojos de piedra.

Su cerebro, de hondas cicatrices, se sana
con viento y mar y estrella y sol,
la gracia absolutoria que Dios reveló
por favor y generosa bendición.

¡Ah!, todavía confía en el cerebro desleal,
derribado en mil justas de torneo;
todavía desvaría en tono de razonamiento
con "deberías" insensatos y "tienes que" fatuos.

"Todos los engaños" (argumenta
el asno), "todos los tumultos, sin duda surgen
de ese maldito Yo cuyo nombre es Muerte,
mientras que la Bestia Ladradora desmiente

el Yo con el Tú; entonces la búsqueda pronta
de matar al Yo debería atrapar al Tú."
Con eso se santiguó, frente y pecho,
y arrojó su cuerpo desde la proa.

¿Un final? ¡Ay! Sobre arena de plata
abre los ojos; rugen los anillos de la rompiente.
¿Qué resopla allí, nadando desde la tierra?
¡La Bestia que lo trajo a la orilla!

"¡Oh Bestia!", dijo Palamede, amoratado,
"monstruo tan extraño como Tú soy yo.
No podía vivir antes, en verdad;
¡y ahora ni siquiera puedo morir!

¿Quién me eligió, de la Tabla Redonda
por milagro aclamado el principal?
¡Aquí estoy, empapado y agarrotado,
abandonado sobre un arrecife de coral!"

XXVI

SIR PALAMEDE el Sarraceno
se ha procurado una canoa veloz,
remada por fornidos hombres de los Mares del Sur.
Hienden los pechos aceitosos del azul,
esforzándose hacia el disco que declina al oeste
del alto sol; se abren paso en la lucha
a través de aquellos días fatigosos; el viento es vivo;
las estrellas son claras; la luna está alta.
Ahora, como un basilisco blanco
que mata a todos los hombres con su mirada,
se alza ante ellos, ahusándose,
el cono de la santidad sin palabras.
Arriba, arriba por sus laderas trepan los peregrinos,
cantando su hechicería pagana
al temible rey volcán.
"Ahora, pues, ¡por la Cruz de Dios!", dijo él,
"¡he aquí el secreto de mi búsqueda
en esta estabilidad tan famosa!
Pues todos estos caballeros paganos pueden descansar
en la negra dicha por la que luchan."
Pero desde el pecho de la tierra, todo en flor,
irrumpió el rugido ciego del terremoto,
desgarrando el vientre de su madre,
engullendo a toda aquella tripulación pagana,
que gritaba y se maldecía unos a otros.
¡Despavorido queda, Palamede!

Pues, gemela del Terremoto, ríe su hermano,
la Bestia Ladradora. Como la Cruz de Dios
suda sangre por el pecado, así ahora el corazón
del buen caballero comienza a sangrar.
De todos los dardos ruinosos que se clavan
en su hígado, este le ha causado
el escozor más intolerable.
"¡Por las llagas de Dios!", gritó el buen caballero,
"¿qué búsqueda es esta, cada día más necia,
donde nada, nada puede permanecer?
¡Al oeste!" Huyen, pero rodando tras ellos
resuena la risa insatisfecha
e inextinguible de la Bestia.

XXVII

SIR PALAMEDE prosigue, dolorido
(¡maldito sea el temible interdicto de la desesperación!),
siempre hacia el horizonte occidental,
meditando todavía, agudo y riguroso,
sobre los cambios de la tierra,
sus torres y templos abandonados,
la pronta ruina de su alegría,
las flores, los frutos, las hojas que caen,
la dicha de la vida, su creciente contorno:
y la nada como fin de todo.
Sí, así como el Yang-tsé hacía rodar
sus rápidos junto a él, así el muro
de las cosas se derrumbó; sus ojos contemplan
a la poderosa Bestia serenamente echada
sobre su pecho de oro bruñido.
"¡Ah, por la sangre de Cristo!" (aseguró su alma),
"nada sino el cambio (¡sino el cambio!) permanece.
La Muerte acecha, leopardo enroscado y agazapado,
en todas las estaciones y las mareas.
Pero ¡ah!, cuanto más cambiaba y cambiaba"
(el buen caballero rio hasta desternillarse),
"¿qué?, ¿está trastornada el alma de las cosas?
Cuanto más cambiaba, y ondulaba a través
de sus cambios, y todavía cambiaba, y cambiaba,
más semejante a sí misma se volvía.
Llevadme", gritó, "para purgar mi bilis,

a la antigua tierra de Hormakhu,
para que pueda sentarme y maldecir un rato
todas estas locuras necias que encierran
mi búsqueda: ¡adelante, adelante, al Nilo!
¡Pisad con suavidad, mis alegres hombres!
Pues nada hay tan vacío y vil
como Palamede el Sarraceno."

XXVIII

SIR PALAMEDE el Sarraceno
se ha vestido con una túnica negra;
tiene maldiciones, escritas por hombres santos
de todos los jardines del globo.

Está de pie ante una piedra de altar;
la sangre gotea de la garganta del niño degollado;
su canto rueda en un gemido mágico;
su cabeza se inclina ante el macho cabrío coronado,

su vara traza curvas y espirales en el aire;
el humo del incienso se enrosca y tiembla;
sus ojos se fijan en una mirada fría como el cristal:
¡la tierra de Egipto se mece y se estremece!

"¡He aquí que por tus Dioses, oh Dios, juro
quemar los auténticos huesos y la sangre
del maldito Osiris, ahora mismo,
para la crecida del oscuro Nilo!

¡Te derribo, oh coronado y entronizado!,
al vacío profano del negro Amennti.
Hasta que mi ira sea expiada
no te levantarás jamás."

Con firmes labios rojos y cuadrada barba negra
Osiris apareció en su fuerza.
Hizo la señal que salva a los hombres
sobre Palamede el Sarraceno.

Ha acallado su conjuro siniestro:
la maldición vuelve para dormir con él.
Ha caído él mismo en aquel lugar profano
del que nadie podría levantarse jamás.
Una tortura espantosa lo desgarra; todos sus huesos
cobran voz para proferir sus gemidos.
El veneno mismo de su sangre
se une a la crecida de aquel grito que estremece el alma.
Durante muchos milenios bien contados
su alma permaneció en su propio Infierno.

Entonces, cuando Sir Palamedes volvió
en sí, el santuario estaba oscuro.
Frío estaba el incienso, muerta la llama;
el niño degollado yacía allí negro y rígido.

¿Qué de la Bestia? ¿Qué de la búsqueda?
Más ciega la búsqueda, la Bestia más tenue.
Aun ahora su risa está sofocada,
¡mientras sus propios demonios se burlan de él!

¡Oh tú, el más desesperado incauto que la malicia
del Infierno puede hacer de los hombres mortales!
No te entrometas más con hechizos mágicos,
Sir Palamede el Sarraceno.

XXIX

¡JA!, pero el buen caballero, saliendo a grandes pasos
del abominable santuario de Set,
prosigue la búsqueda con amarga ira,
de modo que sus palabras fluyen como el vino.

Y he aquí que el alma que las oye
queda al instante sanada de su sufrimiento.
Su fama corre por la tierra de Khem:
acuden en tropel el campesino y el rey.

Allí obra muchos milagros:
los ciegos ven, y los tullidos caminan;
los leprosos quedan limpios; los enfermos sanan;
los sordos oyen, los mudos hablan.

Expulsa demonios con una palabra;
hace girar su vara, y los muertos se levantan.
No se ha oído maravilla semejante
desde el dulce sacrificio de Cristo nuestro Dios.

"¡Ahora, por la alegre sangre de nuestro Señor!",
dijo Palamede, "mi corazón está ligero.
Soy el clavicordio elegido
en el que Dios toca; el perfecto caballero,

el santo de María": ahí se detuvo,
pues de la piedra cantora de Memnón
salió un ladrido tan feroz, ladrando y bramando,
que volvió su risa en un gemido.

¡Su voto olvidado, su tarea sin hacer,
su alma azotada en la amarga escuela de Dios!
(¡Gimió una poderosa maldición!)
¿El perfecto caballero? ¡El perfecto necio!

"¡Ahora, por las llagas de Dios!", dijo él, "mi fuerza
se ha consumido hasta ser una peste de dolores.
¡Que pueda arrojar al fin mi maldición
en las llanuras estrelladas de la antigua Caldea!

¡Oh tú, bendito Jesús, vilmente clavado
en el cruel árbol del Calvario,
mira el pobre fuerte de mi alma asaltado
por todas las huestes de la diablería!

¿No hay otra medicina que la muerte
que pueda valerme en mi situación,
para que conozca el Hálito Hermoso
y pruebe el Buen Don de la Gracia?

Mantén Tú todavía firme esta hoja temblorosa,
mi alma, querido Dios que moriste por los hombres;
¡sí!, por esa alma pecadora, la principal,
Sir Palamede el Sarraceno."

XXX

ESTRELLADA está la negrura del cielo;
amplia es la extensión de la fría llanura
donde yace el buen Sir Palamede,
ansioso otra vez sobre el rastro de la Bestia.

Todo el día cabalgó; toda la noche yació
con los ojos bien abiertos a las estrellas,
buscando por más de un camino secreto
la llave que abra los barrotes de su prisión.

Debajo de él, ¡escucha!, suena la maravilla:
la Bestia que ladra horriblemente.
Como si treinta parejas de sabuesos
estuvieran en su vientre, así ladra.

¿Debajo de él? ¿Oye bien?
Salta en pie: se muestra una maravilla:
empinada desciende una escalera desde la luz
hacia qué oscuridad, Dios lo sabe.

Aun así ningún temblor sacude su alma
(¡Dios te alabe, caballero de diamante!);
se arroja hacia aquella meta espantosa
firme como un viejo elefante macho.

La ancha escalera serpentea; él la sigue;
oscuro es el camino; el aire es ciego;
negra, negra la negrura del pozo,
¡la luz hace mucho borrada a sus espaldas!

Su espada barre el aire; su mirada aguda escudriña
buscando alguna forma que brille en la tiniebla:
¡nada, nada aparece en todo aquel vacío,
más quieto, más silencioso que la tumba!

Pero ahora el buen caballero advierte
alguna fuerza negra, algún trono temible,
que aguarda bajo aquella escalera tremenda,
bajo aquel pozo de piedra resbaladiza.

¡Sí!, aunque no ve cosa alguna,
ni oye, su sutil sentido advierte
que, servida por el rey de los diablos,
la Bestia, la Bestia Ladradora, ¡está allí!

Así, aunque los latidos de su corazón se cierran de miedo,
aunque el horror le aprieta la garganta, él va,
va a enfrentarla, lanza contra lanza,
como debe un buen caballero, a encarar a sus enemigos.

¡No!, pues el fin ha llegado. La negra tierra
vomita a aquel paladín sin par
desde sus abismos: ¡parto prematuro!
¡Su horror no pudo retenerlo dentro!

Blanco como un cadáver, el héroe saluda
al alba, aún sacudiendo aquella noche de miedo
su cuerpo. Toda la duda de la muerte lo asalta.
¿Fue sueño o fue vigilia?

"¡Por Dios, no me importa, a mí no!" (dijo él).
"Despierto o dormido, vivo o muerto,

perseguiré este misterio.
¡Así me valga la Gracia de la Divinidad!"

¡Sí!, con tus miembros consumidos persigue
a esa sutil Bestia hasta su guarida.
¿Quién sabe si no llegarás hasta el fin,
Sir Palamede el Sarraceno?

XXXI

DESDE el dulce aire de Dios Sir Palamede
ha llegado a un pantano de demonios,
una ciudad donde solo las ratas pueden criar
en hedor de cloaca y niebla fétida.
En su corazón se arrastran pálidos fantasmas.
Sin aliento, con prisa necia, trotan
y se empujan, ¡todo para nada! Garabatean
toda la noche cosas vanas que reniegan
antes del día. Llaman, vocean y chillan
gritos roncos; gimen, se quejan. ¡Una piedra
tiene más sentido! Y entre ellos
reconocen a un dios con cabeza de repollo,
de ojo errante y lengua parlanchina.
Él, pudriéndose en aquella cloaca mugrienta
y osario de muerte y estiércol,
chilla: "¡Qué dulce y puro es el aire!
¡Dame las entrañas de una rana
y te enseñaré! ¡He aquí el señuelo
de la luz! ¡Qué luminosa es la niebla!
¡Qué noble es mi cabeza de repollo!
¡Qué dulcemente fragante es el pantano!"
"¡Por las llagas de Dios!" (dijo Sir Palamedes),
"¿qué he hecho para merecer esta porción?
¿Debo yo, caballero limpio de nacimiento y crianza,
cenar con este inmundo aborto de sapo?"
No obstante, se quedó con él un tiempo,

no fuera que por desdén su torsión mental
retrocediera, o perdiera la serena sonrisa
que habría de coronar su búsqueda; pues (como dice alguien)
lo desconocido puede acechar dentro de lo vil.
Así, el que buscaba el Hálito Hermoso,
el que deseaba el Buen Don de la Gracia,
fue ecuánime hacia la vida y la muerte.
¡Pero oh, la inmundicia de su rostro!
Nada había aquí de valor;
dio la espalda al lugar,
buscó el cielo azul y la tierra verde,
¡sí!, y el mar lustral para limpiar
aquella inmundicia que hedía en torno a su cintura,
las llagas y costras, las verrugas y quistes,
las sabandijas sin nombre que había recogido
en aquellos antros insufribles,
las inmundas enfermedades que había engendrado.
Así ahora la búsqueda se le escapa del cerebro:
"¡Primero (¡Cristo!) que yo quede limpio otra vez!"

XXXII

"¡JA!", grita el caballero, "¡que el paciente afán
del cerebro disuelva esta cruel maraña!
En África los que cazan el avestruz
se visten de plumas, burlan sutilmente
su vigilancia, se acercan, y entonces lanzan
sobre ella su muerte. ¡Valor, corazón mío!
¡Haz así!" Y así el caballero se disfraza,
a gatas comienza
su caza, va ladrando de arriba abajo,
de modo que en los campos el rústico campesino
huye, chillando, de aquella figura espantosa.
Pero cuando llegaba a cualquier ciudad
lo enjaulaban por lunático.
Dijo él: "¡Ojalá Dios me diera la maña!
La bestia escapó de mis artimañas;
haré lo mismo. Los barrotes son gruesos,
pero yo soy fuerte." Forcejeó en vano;
entonces, ¿qué es esto? ¿Qué son salvaje y agudo
hiere el aire? La prisión se hace añicos.
¡Escucha! ¡Es otra vez la Bestia Ladradora!

Entonces, mientras él sale corriendo, la nota
ruge desde la garganta maligna de aquella Bestia
¡con risa, risa, risa, risa!
El ingenio de Palamedes flota
en un éxtasis de vergüenza y rabia.

"¡Oh Tú!", exclama el sabio burlado;
"¿cómo podría igualarte? Pero así lo quiero,
aunque el Día del Juicio devore la Era."
Llorando, y golpeándose el pecho,
rechinando los dientes, aún confesaba
el poder del temible juramento que lo ataba:
no abandonaría todavía la búsqueda.
"¡No!, mientras yo exista", dijo él, "aunque el Infierno
me engulla, aunque Dios se burle bien de mí,
sigo como juré; sigo,
aunque sea inalcanzable.
¡Más aún! Porque no puedo vencer,
¡vale el trabajo del hombre entrar en ella!
Lo Infinito, con poderosa pasión,
ha atrapado mi espíritu en un lazo.
¡Vamos! Ya que no puedo imitar
a la Bestia, al menos trabajo y espero.
Descubriremos tarde o temprano
quién es el amo: ¡yo o el Destino!"

XXXIII

SIR PALAMEDE el Sarraceno
ha pasado al mar sin mareas,
para que el agudo susurro del viento
le traiga aquello que jamás los hombres
conocieron: ¡en la búsqueda, la búsqueda, cabalga él!
¡Tanto que buscar, tan lejos para hallar!

Tan cansado estaba el caballero que sus miembros
estaban flojos como los de una paloma recién muerta; sus rodillas
ya no apretaban el tosco corcel.
Apático, le duele todo; su propósito nada
exhausto en los mares aceitosos
de la laxitud y la lasitud.

El alma se aplaca; su grave movimiento
aún palpita; ¡por hábito, no por Voluntad!
Y toda su ansia de ganar la búsqueda
no es sino una devoción pasiva y mansa.
(¡Sí!, pronto la sangre correrá bien fría:
¿y no es la muerte el Señor del Reposo?)

Allí, mientras se asolea sobre el acantilado,
anhela a la Bestia; sus ojos
están húmedos de amor; sus labios desean
musitar tiernas plegarias; y (¡a fe mía!) si

el alma del hombre se midiera por sus suspiros
no necesitaría demorarse para alcanzar.

¡No!, mientras la Bestia se agazapa allí, por encima
de él, sonriéndole; mientras él promete
hazañas maravillosas y flores sin fruto,
se vuelve tan sensiblero en su amor
que hasta los bribones de su propia casa
se burlan de él en sus horas alegres.

"¡Muerte de Dios!", rabió Palamede, no airado
sino irritado, "¿así os reís?
¿Soy yo un hazmerreír para pinches de cocina?"
Su maldición salió en una espuma escamosa.
Tomó un garrote, y golpe tras golpe
¡le rompió la mollera irreverente al bribón!

"¿Tú te burlas de la Bestia Ladradora que persigo,
de la Bestia Ladradora que amo? ¡Por las llagas de Dios!"
Entonces de pronto del esclavo brotó
una carcajada escasa de gracia,
¡como si treinta parejas de sabuesos
estuvieran en su vientre! ¡Caballero, despierta!

¡Ah, bien que despertó! Su amor y su desprecio
forcejean en agonía en su garganta.
"Llevadme lejos" (dijo él), "¡hombres míos!
¡Ay, ay de mí, que jamás nació
murciélago tan ciego, macho cabrío tan grosero,
como Palamede el Sarraceno!"

XXXIV

SIR PALAMEDE el Sarraceno
se ha escondido en la celda de un ermitaño
en una isla en el pantano
de aquella tierra solitaria donde moran los druidas.
Vino un águila desde la altura
y le ordenó montar. De valle en cañada
descendieron y se remontaron. Al fin hacia la luz
del gran sol mismo volaron,
traspasando las fronteras de la noche,
atravesando el azul sin retorno.
Lejos en el espacio, más allá de las estrellas,
llegaron al fin. Y allí él conoció
todas las ciegas barreras razonables
rotas, y todas las emociones aquietadas,
y todas las manchas y todas las cicatrices
lo dejaron; así, como un niño, se estremeció
con el conocimiento supremo; toda su alma,
colmada de perfecto sentido y visión,
¡tocó el extremo, la meta gigante!
¡Sí!, todas las cosas en esa hora trascendidas,
todo poder bajo su sublime dominio,
todo sentido, todo pensado, todo comprendido.
"¿Cómo es, entonces, que la búsqueda" (dice él)
"no está (¡al fin!) lograda y terminada?
¿Por qué no pruebo el Hálito Generoso,
no recibo el Buen Don de la Gracia?

Ahora, buen rey águila (¡por la muerte de Dios!),
¡devuélveme a mi antiguo lugar!
¡Nada he ganado entonces!"
Entonces descendió él en picado desde el Byss del Espacio
y dejó al caballero en medio del pantano.
"¡Dios!", dijo Sir Palamede, "¡que yo,
que he ganado nueve, falle en la décima!
Lo apuesto todo a los dados:
no queda otra treta que probar.
Llamad tres veces maldito por encima de los hombres
a Sir Palamede el Sarraceno."

XXXV

"¡SÍ!", dijo el caballero, "descifro el hechizo.
¡Esta Bestia es lo Incognoscible!
Busco en el Cielo, busco en el Infierno;

siempre se burla de mí. Pero me parece
que tengo el enigma de la Esfinge.
Pues aunque fuera más agudo que el lince

no vería dentro de mi mente
un solo pensamiento que no sea en su especie,
en verdad, esa Bestia que acecha detrás:

y en mi búsqueda su ladrido parece
el eco auténtico de mis sueños,
la tesis propia de mis temas.

¿Lo conozco? Siempre responde: ¡No!
¿No lo conozco? Quizás, y ¡he aquí!
¡Él es la única cosa que conozco!

¡No! El que no conoce es diferente
del que conoce. Entonces conténtate;
¡no puedes alterar el resultado!

¡Ah!, ¿qué conclusión se extrae sutilmente
de este caos de leyes locas?
¿Soy yo, el efecto, como yo, la causa?

No, el cerebro se tambalea bajo su oleaje
de pensamientos pomposos. Basta con decir

que Él es lo Incognoscible conocido."

Así aquel caballeresco Sarraceno,
en el pantano miasmático de Cantabrig,
dio lecciones a muchos hombres doctos.

Tan clamoroso fue su aplauso
("Su mente", dijeron, "está libre de defectos:
¡el Velo de Dios es fino como la gasa!")

que casi habían apagado o ahogado
la risa (atada en su vientre)
de aquella temible Bestia que él no había hallado.

No obstante, aunque él quería irse,
obligaron al desventurado caballero a quedarse
y dar lecciones muchos días fatigosos.

En verdad, casi se le había pegado
la infección de su pensamiento estreñido,
y casi había reducido a nada su leal búsqueda.

Fue de noche que Palamede
huyó de aquella raza enmohecida y mohosa,
¡zoquetes apolillados que se han echado a perder!

¡Qué débil se vuelve Sir Palamedes!
¡No oímos más de lances ni de golpes!
¡Sus armas son sus diez buenos dedos de los pies!

El que era par de Arturo, buen caballero
probado en muchas luchas libradas,
¡huye como un malhechor en la noche!

¡Sí!, esta búsqueda tuya está más allá del alcance
de ti y de todos los hombres mortales,
Sir Palamede el Sarraceno.

XXXVI

A MENUDO, mientras Sir Palamedes iba
en la búsqueda, advertía
alguna vasta sombra sutilmente mezclada
con su propia sombra en el aire.

No tenía forma, no tenía voz
con que intimidar al ojo o al oído;
pero todo el horror del pozo
la revestía con todas las armas del miedo.

Además, aunque procuraba escrutar
algún rasgo, aunque escuchaba largo rato,
ninguna forma de Dios, de demonio o de hombre,
ningún susurro, gemido, alarido, grito ni canto

le daba a conocerla. Ahora bien, sucedió
que un día Sir Palamedes cabalgaba
a través de un gran bosque cuyo follaje danzaba
a la tenue luz del sol que fluía

del cielo. Se detuvo en un claro,
dejó que su caballo pastara la hierba tierna;
se quitó la armadura, se tendió suavemente
a dormir hasta que pasara el mediodía.

Despertó. Ante él está de pie y sonríe con mueca
un jorobado vestido de bufón. "¡Bribón!", dijo él,
"¿has visto a la Bestia? ¿La búsqueda que gana
el premio más alto de la caballería?"

"Señor Caballero", responde, "¿has visto tú
algo de esa Bestia? ¿Cómo sabes, entonces,
que existe alguna vez o que ha existido,
Sir Palamede el Sarraceno?"

Sir Palamede estaba bien despierto.
"¡No! Delibero hondo y largo,
pero no hallo respuesta adecuada que darte.
El débil abate al fuerte;

el gorro del bufón avergüenza al yelmo. ¡Pero tú!
Te conozco como la sombra que ronda
mi camino, pone vergüenza en mi frente,
oscurece mi propósito, intimida mi valor.

Entonces, ya que el pensador debe quedar mudo,
al menos el caballero puede obrar como caballero:
al monje más sabio de la Cristiandad
puede rompérsele el cráneo con un hecho."

Con eso, como golpea una serpiente, su espada
saltó ardiendo hacia el azul ardiente;
y cayó, un fallo veloz y seguro,
atravesando a aquel jorobado de parte a parte.

Al punto él se disolvió, sombra sin voz.
"Herido o muerto", dijo entonces el caballero,
"¿qué importa? Mantén brillante y afilada tu hoja,
Sir Palamede el Sarraceno."

XXXVII

¡SIR PALAMEDE está enfermo de muerte!
¡Los ojos desorbitados, el rostro demacrado!
¡Dios le conceda el Hálito Hermoso!
¡Dios le envíe el Buen Don de la Gracia!

Hay una cueva blanca junto al mar
donde el caballero se ha escondido.
Justo antes de que caiga la noche, divisa
el último rayo del sol parpadear perdido.

Todo el día está oscuro. Allí, allí llora
sus años malgastados, su propósito débil.
Un millón de látigos, un millón de desprecios
hacen estremecerse al caballero, y manchan al santo.

¡Pues ahora!, ¿qué le queda? Se alimenta
de lapas y raíces silvestres. ¿Qué importa?
¡No hay necesidad que un mortal necesite
para quien soltó la esperanza del hombre para asir la de Dios!

¡Cómo le da vueltas la cabeza! De noche, ¿qué se agita
por encima del débil vaivén de la marea
y de las raras aves marinas cuyo aleteo zumba
en torno a los acantilados? ¡Ahora, que vaya bien!

¡Dios te salve, desdichado Palamede!
El ladrido de la Bestia suena fuerte
en tu oído. ¡Por la Cruz de Dios,
has ganado la justa a toda la multitud!

En tus propias entrañas suena,
poderoso y musical en la necesidad,
¡como si treinta parejas de sabuesos
ladraran dentro de ti, Palamede!

Ahora, pues, aferra la verdad desesperada
que se ha afanado tantos años por ver,
ha malgastado fuerza, ha malgastado juventud:
¡él era la Bestia; la Bestia era él!

Se levanta de la cueva de la muerte,
corre al mar con rostro resplandeciente
para conocer al fin el Hálito Generoso,
para probar el Buen Don de la Gracia.

¡Ah, Palamede, te has equivocado!
¡Eres el blanco de toda confusión!
¡No ha de escribirse en mi libro
este desengaño tan drástico!

Tan débil y enfermo estaba que dudo
que pudiera oír el regio festín
de risa que salía rodando
a lo lejos de aquella Bestia esquiva.

Sin embargo, ¡aquellos labios blancos se cerraron de golpe, como acero
sobre los tobillos de un esclavo!
¡Aquel cuerpo quebrado en la rueda
del Tiempo sofocó el gemido que daba!

"¡No allí, no aquí, mi búsqueda!", gritó.
"¡No así! ¡No ahora! ¿Importan el cómo y el cuándo?

Yo soy, y permanezco,
Sir Palamede el Sarraceno."

XXXVIII

SIR PALAMEDE, de gran renombre,
cabalgaba por la tierra en la búsqueda,
su espada suelta y su visera baja,
su broquel embrazado, su lanza en ristre.

Ahora, pues, ¡Dios te salve, Palamede!
¿Quién corre allá por el campo?
¿Esas armas de plata, ese corcel negro,
el sol y la rosa sobre su escudo?

El caballero extraño espolea hacia él. El desdén
curva el labio orgulloso mientras alza
su visera. "¡Vamos, se acabó! En vano,
Señor Zorro, tus mil vueltas y rodeos."

Sir Palamede estaba blanco de miedo.
¡Señor Cristo!, aquellos rasgos eran los suyos;
suya aquella voz tan gélida y clara
que lo corta, lo corta hasta el hueso.

"¡Falso caballero!, ¡falso caballero!", gritó el extraño.
"¿Tú, perro bastardo, Sir Palamede?
Yo soy el buen caballero deseoso de cabalgar
tras la Bestia Ladradora en la necesidad.

Ladrón de mis armas, mi cimera, mi búsqueda,
mi nombre, ahora encuentras tu vergüenza.
Mira, con este látigo te azoto de vuelta,
de vuelta a la perrera de donde vino

un sabueso tan falso." "Buen caballero, en verdad",
respondió Sir Palamede, "no presumo yo
de afirmar la más ociosa verdad;
y aquí, por este buen oído y este ojo,

concedo que tú eres Sir Palamede.
Pero haz la primera y última prueba
de si tú o yo somos él. ¡Ten cuidado!"
Hizo retroceder su caballo, se cubrió el pecho,

hincó a fondo las espuelas y cargó contra
aquel caballero. La punta de su lanza golpeó de lleno
la fuerza enrejada de su morrión
e hizo rodar al extraño en el fango.

"¡Ahora, por la muerte de Dios!", dijo Palamede,
con la espada en acción, "no dejaré
de ti tanto como para que Dios pudiera alimentar
con ello a sus gorriones. Como creo

que la misericordia del dulce Cristo valdrá,
así no tendré yo nada para ti;
pues cada hueso tuyo podría clamar
contra mí, gritando traición.

Has mentido. Yo soy el caballero elegido
para matar a la Bestia Ladradora por los hombres;
yo soy el leal hijo de la luz,
¡Sir Palamede el Sarraceno!

Tú eras el demonio más sutil que hasta ahora
se ha cruzado en mi camino. Decirte que no

no me atrevo, pero mi espada está mojada
con tu sangre de bribón, y con tu barro

ensuciada. ¿Piensas resucitar?
¡Oh dulce Señor Cristo que salvas a los hombres!
De todos esos demonios protégeme
a mí, Palamede el Sarraceno."

XXXIX

VERDE y griego es el valle,
zagales y zagalas
danzando en corro
alegre y musicalmente.
¡Cómo su felicidad supera
el mero estremecimiento de la primavera!

"¡Ven!" (gritan), "¡Señor Caballero, deja a un lado
todo ese peso de armadura reluciente!
¡Aquí hay un ramillete, aquí una guirnalda, aquí una cadena de margaritas!
¡Aquí hay un encanto! ¡Allí hay un encanto!
¡Alabad al Dios que enloquece a los hombres, al Dios que eleva
todas nuestras vidas al éxtasis!"

Sir Palamedes era demasiado sabio
para burlarse de su gentil cortejo;
sonríe a sus ojos chispeantes
mientras ellos le van quitando la armadura.

"Pues ¿quién" (dijo él) "puede decir que esto
no es el misterio que me falta?"

Pronto queda envuelto en la danza
y sofocado entre las flores.
¡La risa de un muchacho y la mirada de una doncella
son dulces como amantes!

¡Alto! ¿No hay nada que alguna criatura lasciva
pueda hacer para excitar al caballero hechizado?

¡Sí! El canto toma un oleaje salvaje como el mar;
la danza se mueve en una red mística;
abundan luces extrañas y terribles;
la vida que fluía está en bajamar.

Las luces se han ido; la noche ha llegado;
los zagales y zagalas se hunden, aguardando
algún clímax: ¡oh, qué tenso y mudo
el silencio expectante y embriagador!

¡Silencio! ¡El latido del corazón! A través del páramo
algún dios temible cabalga veloz, ¡tenlo por seguro!

Palamede, escuchando, se muerde de parte a parte
sus finos labios blancos: ¿qué cascos son esos?
¿Son la Búsqueda? ¡Qué quieto y azul
está el cielo! ¡Silencio! Dios sabe, ¡Dios sabe!

Entonces de pronto, en medio de ellos,
hay un dios moreno, del casco a la cintura un macho cabrío,
sobre su frente la diadema de doce estrellas
y el Collar del Rey ceñido a su garganta.

Estremecimiento tras estremecimiento recorre a Palamede.
Vida, vida, pura vida burbujea en su sangre.
Toda la juventud vuelve, toda la fuerza, toda la dicha en verdad,
¡llameando dentro de aquella palpitante crecida del espíritu!

Sin embargo, su corazón estaba inmensamente triste,
porque no tenía en su oído ningún ladrido.

¡No! Lo vio todo. Vio la Maldición
que envolvió en ruina al Mundo primigenio.
Vio el Universo no nacido
y todos sus dioses coetáneos.

Vio, y fue, todas las cosas a la vez
en Aquel que es; él era las estrellas,
las lunas, los meteoros, los soles,
todo en una sola red de barras trinas;

inextricablemente uno, inevitablemente uno,
inconmensurable, inmutable, inmenso,
más allá de toda la maravilla que su alma había ganado
por el sentido, a pesar del sentido, y más allá del sentido.

"¡Alabado sea Dios!", dijo Palamede, "con esto
alcanzo lo sumo de la dicha. . . .
¡Por las llagas de Dios!, pero eso nunca lo busqué.
Juré alcanzar a la Bestia Ladradora
y todo este milagro no es nada.
¡De nuevo en camino otra vez!

Conservo mi juventud recobrada para burlar
al viejo Tiempo que me atrapó en su red.
Conservo mi fuerza recobrada para perseguir
a la Bestia que se burla de mí ahora como entonces.
¡Querido Cristo! Te ruego por Tu gracia
que tengas piedad del caso desamparado
de Palamede el Sarraceno."

XL

SIR PALAMEDE el Sarraceno
ha visto el Todo; su mente está resuelta
a pasar más allá de aquel gran Amén.
Lejos ha errado; todavía para irritar
su alma contra aquella Alma. Se abre brecha
por la red del bosque de rododendros,
su cuerpo ensangrentado por sus sanguijuelas.
Severo recorre la cresta
de una gran montaña que se extiende lejos
hacia las Nieves Reales; las lluvias acosan
al caballero, blancos desiertos empujados hacia arriba por el viento
en cortinas, en torrentes, poseídos por demonios,
desde las llanuras humeantes de la India.
Le cortan la carne, le hielan los huesos:
sin embargo no siente nada; su mente está clavada
en aquel único punto donde todos los tronos
se unen en una sola cabeza de león de roca
que se eleva por encima de todas las crestas y conos
que se agazapan como chacales. La tensión y el choque
ya no mueven a Palamede. Como el Destino
se mueve con velocidad silenciosa. Acuden en tropel
los Dioses a mirarlo. Ahora amainan
sus pulsos; se abre paso por el valle
y se vuelve hacia la poderosa puerta,
el glaciar. ¡Oh, las flores que escalan

esas alturas besadas por el sol! ¡Las nieves que coronan
los barrancos de cuarzo! ¡Las nubes que velan
las laderas tremendas! ¡Querido Dios!, mira abajo
y ve a este hombre insignificante avanzar,
implacable como Tu propio renombre,
indiferente a la alabanza o a la oración,
simplemente resuelto. ¿Lanzarás Tú
(sobre la cabeza presuntuosa de este caballero)
la avalancha devastadora?
¡Sabe demasiado, y le importa demasiado poco!
Su herida es más de lo que la Muerte puede restañar.
¡Puede esquivar, aunque sea por un ápice,
Tu dardo más seguro! Y ahora el caballero,
encarando los peñascos, puede reír y desbastar
la maza demoníaca cuyo poder
lo amenazaba. Ahora deja el espolón;
y ansioso, con deleite de muchacho,
pisa el glaciar suspendido.
Ahora, ahora alcanza el empinado hielo negro
que lleva al último cuello. Por Aquella
que dio a luz al Señor, ¿con qué artificio
podrá pasar allí? Pero aún avanza,
ardiente y firme, como si el precio
de la muerte fuera menos de lo que la vida aprueba,
como si montara sobre alas de águilas,
o sobre alas de ángeles, ¡o del amor!
Así, descontó todo el viaje,
sosteniendo la meta. Supremo se alzó
sobre la cumbre; ¡sueños incontables,

mundos de sublime beatitud!
Pasó más allá. Ha tocado el Todo,
y lo dejó caer en vil desuso.
¿Qué había más allá? ¿Qué estrella no manchada
por el ser? Sus pobres dedos tantean,
y toda la Nada que su ardor aferró,
como todo lo demás, comienza a desmoronarse.
¿Dónde está la Bestia? Su dicha superó
todo lo que los bardos cantan o los sacerdotes murmuran;
ningún hombre, ningún Dios, ha conocido lo que él hizo.
Solo esto lo frustró: que le faltaba
exactamente la única cosa que necesitaba.

"¡Puaj!", gritó el caballero. "Pensamiento, palabra y acto
me confirman. He probado que la búsqueda
es imposible. Rompo el pacto.
De vuelta a los salones dorados, ¡confeso
como desertor! Lograda o no,
esta tarea se ha ganado un reposo abundante.
En Caerlon y Camelot
¡que abrace yo a mis semejantes!
Besuquear a las mozas, pasar el jarro,
es ahora la envidiable suerte
de Palamede el Sarraceno."

XLI

SIR ARTURO se sienta otra vez a la fiesta
dentro del alto y santo salón
de Camelot. De Occidente a Oriente
la Tabla Redonda ha roto la esclavitud
de la paganía. El más hermoso favor
reposa sobre los alegres caballeros, todos y cada uno;
hasta que Arturo: "De vuestra caballería,
caballeros, bebamos por la felicidad
del único caballero que nos falta" (dijo él);
"pues sin duda en alguna grave aflicción
estará Sir Palamede." Entonces ellos
se levantaron como un solo hombre en alegre regocijo
para honrar aquel gran brindis. "El camino de Dios
no es como el del hombre" (dijo Lancelot).
"¡Pero quiera Dios devolverlo este día,
con su búsqueda lograda, a Camelot!"
"¡Amén!", gritaron, y alzaron la copa;
cuando el viento se levantó, una ráfaga tan caliente
como el simún, y hacia adelante rodó
un trueno repentino. Inmóviles quedaron.
Entonces vino un toque de clarín. El alma
de cada caballero se agitó. Con tosco vigor
la ráfaga arrancó el tapiz
que ocultaba la puerta. Pálidos como la ceniza,
los caballeros echaron mano a la espada. Pero él
(Sir Palamedes) en la abertura

fue hallado (Dios lo sabe) llorando
amargamente. Gritó Arturo: "¡Extraña suerte!
¡Mi caballero, mi más querido caballero, mi amigo!
¿Qué don tenía la Fortuna en su regazo
como tú? ¡Abrázame!" "Más bien rasgad
vuestras vestiduras, si me amáis, señor"
(dijo él). "He llegado al fin.
Toda mi intención y mi deseo,
mi búsqueda, mi juramento: todo, todo ha terminado.
¡Quemadlos conmigo en fuego fatal!
Pues he fracasado. Todos los caminos, cada uno
en que me esforcé, se burlaron de mí. Si me acobardé
o me escabullí, Dios lo sabe. No he vencido:
eso y nada más sé. He fracasado."
El rey Arturo se echó a llorar. Entonces
Merlín se levantó, con el rostro descubierto;
tres veces clamó lastimosamente entonces
a nuestro Señor. Entonces sacudió la cabeza
Sir Palamede el Sarraceno,
como sabiendo que nada podía valer,
cuando ¡he aquí! que se alzó un gemido monstruoso,
un grito descomunal, un ladrido temible,
como si (¡muerte de Dios!) corriera sola
la Bestia, en cuyo vientre suena
aquella maravillosa música monótona
como si treinta parejas de sabuesos
ladraran dentro de ella. ¡Ahora, por Cristo
y por Sus cinco lastimosas llagas!,
como un amante a su cita,

aquella Bestia entró ladrando en el salón,
una sola llama de oro y amatista,
vista entonces en cuerpo por todos ellos.
Entonces vino a Sir Palamede,
acurrucándose junto a él, tan dulce y pequeña
como se aferra un niño pequeño en su necesidad
al blanco seno de su madre,
¡como Cristo se aferró a la caña del patíbulo!
Entonces cada caballero se volvió hacia su hermano,
sollozando y suspirando de gran alegría;
y, mientras se miraban unos a otros,
sin duda se deslizó una sutil locura
en sus venas, más fuerte que la muerte:
pues todas las raíces del pecado y la tristeza
fueron arrancadas. Como perece una flor,
así murió todo pecado. Y en aquel lugar
todos ellos conocieron el Hálito Hermoso
y probaron el Buen Don de la Gracia.
Entonces cayó la noche. Por encima del aullido
de la gran Bestia, que era el bajo
de todas las arpas del Cielo que tocaban,
vino una voz solemne (no hubo uno
que no estuviera de rodillas orando
y glorificando a Dios). El Hijo
de Dios mismo (pensaron los hombres) habló entonces.
"¡Levántate!, valiente soldado, has ganado
la búsqueda no concedida a los hombres mortales.
¡Levántate!, Sir Palamede Adepto,
cristiano, ¡y no más Sarraceno!

Despierto o dormido, sabio, inepto,
siempre buscaste. Esos caminos necios
en los que tu necedad tropezó, saltó,
todos llevaban a la única meta. Ahora alaba
a tu Señor porque te ha llevado hasta el fin
para ganar la búsqueda." El buen caballero pone
su mano sobre la Bestia. Entonces sopló
cada ángel su trompeta, entonces
todo el Cielo resonó porque sabía
que Sir Palamede el Sarraceno
¡era maestro! A través de las cúpulas de la muerte,
a través de todos los poderosos reinos de los hombres
y de los espíritus, alentó el Hálito Hermoso:
prueban el Buen Don de la Gracia.
Ahora es el cronista quien dice:
nuestro Salvador conceda en breve espacio
que también yo, aun yo, sea bendecido
así, aunque tan mala sea mi condición:
que los que lean mi rima atestigüen
la misma dulce unción en mi pluma,
que escribe con la sangre pura de mi pecho;
porque represento ante los hombres
la historia de mi propia búsqueda
como la tuya, primer oriental en Occidente,
Sir Palamede el Sarraceno.

Traducción al español hecha directamente desde el original inglés en dominio público.

Abadía Argentum: https://thelema.prometeolatam.online

Agradecimiento a Frater Adael por el armado de la biblioteca.

Traducciones de la Abadía Argentum bajo licencia Creative Commons Atribución, No Comercial, Compartir Igual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0). Los textos originales están en dominio público.

La Abadía Argentum es libre y gratuita. Si querés sostenerla, podés hacer una donación libre en https://thelema.prometeolatam.online/sobre/#donar